

JOSE A. PÉREZ LEDO

ESTO NO ES UNA HISTORIA DE AMOR

UNA COMEDIA QUE TE HARÁ
VOLVER A AMAR



 Planeta

Jose A. Pérez Ledo



Esto no es una historia de amor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jose A. Pérez Ledo, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2016

Depósito legal: B. 27.914-2015

ISBN: 978-84-08-14971-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Esto no es una historia de amor.

Es mejor que lo sepas desde el principio porque no quiero ser el responsable de tu frustración. Bastantes motivos da la vida para frustrarse, sería absurdo buscarte uno más (particularmente uno tan estúpido). Te lo digo porque, si eres una de esas personas que andan buscando miradas intensas bajo el cielo estrellado, gente prometiéndose fidelidad eterna y ese tipo de cosas, debes saber que te has equivocado por completo. ¿Qué puedo decir? Lo siento.

Tal y como yo lo veo, y créeme que he reflexionado bastante sobre este asunto, el amor romántico es la mayor ilusión colectiva de la historia, una estafa más o menos orquestada de la que todos los humanos, sin excepción, somos víctimas involuntarias. Y no estoy hablando de tener pareja. Me refiero al concepto idealizado de amor romántico y a toda esa parafernalia que han montado alrededor. Chico conoce chica (o viceversa), chico y chica se enamoran, discuten, rompen, se reconcilian, beso, música, funde a negro, títulos de crédito. Lo has visto millones de veces. Has crecido con ello.

Salvo que tus padres te abandonaran en la selva nada más nacer y te hayas criado entre babuinos, esas imágenes forman parte de tu educación sentimental. ¿Y sabes qué?, no hay nada que puedas hacer para borrarlas de tu subconsciente. Están ahí, incrustadas en lo más profundo de tu hipocampo, como la tabla del 2 o la capital de Francia.

La culpa, o buena parte de ella, la tiene esa fábrica de expectativas irreales al por mayor llamada Hollywood. Aunque no siempre fue así. En sus orígenes, la industria de las películas se limitaba a contar historias tan simples que rozaban la

idiocia: jardineros que se mojaban con sus propias mangueras, obreros que se caían de los andamios... Pero entonces llegó el sonido. De la noche a la mañana los personajes tenían que hablar, y aquello fue un verdadero contratiempo porque nadie tenía la menor idea de qué podían decirse.

—Buenas tardes, cariño, ¿qué tal en el trabajo?

—Normal, ¿y tú?

—Normal, ya sabes.

—Genial.

—Sí...

¿Quién demonios pagaría por algo así? La realidad no le interesa a nadie, todo el mundo tiene demasiado de eso, es lo único que a todos nos sobra. No, los personajes de las películas tenían que decirse cosas que la gente no escuchase a diario, algo original, diferente, raro pero no excéntrico, llamativo pero creíble. Algo hermoso.

Así fue como nació la combinación de palabras que más beneficios generaría a la industria del entretenimiento durante el siglo xx y xxi. Una frase que acabaría convirtiéndose en la más repetida de la historia del cine y quién sabe si también de la historia de la humanidad:

I love you.

Aquello fue un verdadero bombazo. La gente se apiñaba en las puertas de los cinematógrafos para ver a sus estrellas favoritas diciéndose esas tres palabras, en exactamente ese orden, una y otra vez. Daba igual cuántas veces lo oyeran, nunca tenían suficiente. El público de todo el mundo se había convertido en un ejército de yonquis enganchados a su dosis semanal de romance.

Fue más o menos por aquella época cuando se reinventó el beso. Hasta aquel momento la gente se limitaba a unir sus labios y permanecer en esa posición unos cuantos segundos. Los más lanzados se atrevían con la exploración bucodental, lengua contra lengua, por turnos o al mismo tiempo. Pero entonces Hollywood decidió que aquello no era suficiente. Era demasiado sutil, demasiado pequeño para sus pantallas gigantescas. Había que darle un buen chute de épica al óscu-

lo de toda la vida, supervitaminarlo y llevarlo a una nueva dimensión. El beso se había quedado viejo y era imperioso adaptarlo a las exigencias de los consumidores contemporáneos.

Los actores y actrices empezaron a besarse de una manera absurdamente barroca, casi coreográfica, mano a la nuca y cabeza torcida. Contra todo pronóstico, aquella contorsión apenas viable desde un punto de vista cervical caló en la audiencia. Tanto caló, de hecho, que adolescentes de todo el mundo siguen intentando imitar esos besos sin saber que la fisonomía humana, sencillamente, no permite adoptar semejante postura y disfrutar al mismo tiempo.

Añade a eso un violín de fondo, o dos, o doscientos, un decorado en semipenumbra y, por qué no, un poco de lluvia en el momento del clímax. Bátelo todo, y ahí lo tienes: una bonita historia de amor idéntica a todas las demás.

En cierto modo, es normal que fantaseemos con ello. ¿Cómo vas a resistirte a algo así? Te levantas a las siete, la caldera no se enciende, te ha salido otra cana, tu jefe sigue siendo un imbécil y la reunión de las diez resulta que era a las nueve y ya llegas tarde. ¿Cómo no soñar con violines y besos sin fin en paisajes exóticos? ¿Acaso no te lo debe el cosmos? No es el amor lo que mueve el mundo, sino la ilusión de vivirlo como en una película de Hollywood.

Eso, está claro, solo puede provocar frustración, pero estamos en Occidente, donde cada cual tiene derecho a frustrarse como mejor le parezca. Todo el mundo sabe que esas historias son irreales, lo sabemos y lo ignoramos al mismo tiempo, porque es así como funciona el placebo. Crecemos y envejecemos aferrados a una fantasía romántica porque necesitamos creer que hay algo más allá del Outlook y los diez minutos, nueve ya, para el café con sacarina. Algo mejor y más hermoso que las caras largas y cenizas de la gente que ves cada día en el metro, mes tras mes, año tras año, y a las que no saludas porque ellas no te saludan a ti. Algo más excitante que el pollo a la plancha con ensalada y la clase semanal de pilates.

No hay una sola persona que no aspire a esa fantasía, pública o secretamente. Pero el tiempo pasa, el pelo empieza a caerse, la carne empieza a aflojarse, y, tarde o temprano, todo el mundo se ve obligado a afrontar La Pregunta: «¿Cuánto estoy dispuesto a esperar antes de escuchar los violines?». En otras palabras: «¿Cuánto tiempo más voy a creermela antes de admitir que la vida es mucho más prosaica y aburrida que ese pastiche romántico que llevo consumiendo desde la infancia?». Cumplés veinte años, y sientes que tienes toda la vida por delante. Cumplés treinta, y surgen las dudas. Cumplés cuarenta, y compras Orfidal.

Empiezas a plantearte que quizá seas demasiado exigente, que tienes que modular tus aspiraciones románticas, que quizá deberías ser un poco realista. Pruebas con una de esas redes sociales, sales con varias personas, pero todas te parecen o muy tristes o muy psicóticas, así que acabas desinstalando la aplicación del teléfono. Y entonces, una mañana, te quedas mirando a esa persona de la oficina, esa que lleva ahí toda la vida, y piensas: «No sé, quizá podría envejecer a su lado». Bueno, ¿y por qué no? No suenan violines cuando la miras, eso es verdad, pero la vida es finita y ella (o él) tampoco está tan mal. No fuma y de vez en cuando te hace reír. No mucho, cierto, pero no estás buscando un humorista, sino algo relativamente caliente que abrazar por las noches. Alguien que te acompañe al hospital a por esos resultados, que te diga «hay más trabajos» cuando te quedes en la calle, que confíe en ti o lo finja muy bien cuando ni tú mismo confías ya.

Las historias de amor del mundo real son al romanticismo de Hollywood lo que las pistas de esquí de los centros comerciales son al Everest. Por supuesto que querías escalar el monte más alto del mundo, ¿a quién no le gustaría experimentar algo así? Pero está muy lejos, tú andas muy liado y, qué demonios, esa nieve artificial está muy conseguida. La experiencia no puede ser muy diferente, ¿no?

¿No?

Con esto no quiero decir que Hollywood tenga la culpa de todos los problemas emocionales de la población mun-

dial. No soy tan ingenuo. Únicamente estoy exagerando con fines dramáticos. Soy escritor, se supone que tengo que dramatizar. Lo cierto es que el cine solo ha democratizado una fantasía que arrastramos desde... En fin, no sé, desde siempre, supongo.

Si echas un ojo a la Historia, con hache mayúscula, encontrarás un montón de casos de personas, personas inteligentes incluso, que se pegaron contra ese mismo muro de irrealidad. Beethoven, por ejemplo, que se presupone un tío serio, dedicó su obra más famosa a una mujer. *Para Elisa*, seguro que te suena, la compuso para una alumna suya. Debió de pensar que, si le dedicaba una obra maestra, a lo mejor ella le invitaba a un café o a una cerveza o a lo que sea que tomase la gente en la Viena del siglo XIX.

Se equivocaba, por supuesto. Ella siguió sin hacerle el menor caso. Imagina qué situación: compones una de las más hermosas piezas de la música universal, se la dedicas a una mujer, ¿y qué hace ella? Casarse con un funcionario.

—¡Pero, Elisa, te he compuesto la más bella bagatela para piano jamás escrita!

—Dios, Ludwig, ¿y quién te pidió que lo hicieras?

—Nadie, pero...

—Exacto, nadie. Así que, por favor, deja de humillarte. Te he dicho cien veces que no eres mi tipo. Detesto a los genios creativos, ya lo sabes, yo soy más de empleados públicos.

Imagino que Elisa necesitaba una cierta estabilidad que nunca podría alcanzar al lado de un músico melenudo. En eso no hemos avanzado mucho.

Da igual que busques en la alta o en la baja cultura, en la elitista o en la de masas; si escarbas un poco, acabarás encontrando un buen montón de ejemplos de pastoso e incongruente romanticismo. Incluso en algo aparentemente tan poco dado a la pulsión amorosa como los videojuegos. ¿De verdad hace falta que Super Mario haga todo lo que hace para salvar a una princesa? En serio, ¿realmente necesita un fontanero que rompe ladrillos con la cabeza y lucha contra setas antropomórficas una justificación romántica?

Estamos rodeados y no hay escapatoria posible. Echa un ojo a la lista de los libros más vendidos: una historia de amor en la Guerra Civil, una historia de amor en la posguerra, una historia de amor el mes pasado... Siempre la misma fórmula, una vez y otra y otra y otra.

1. Chico lleva una vida ordinaria soñando con el amor, pero sin encontrarlo.
2. Chico conoce chica cuando menos lo espera y, estúpidamente confundido por toda una vida de películas románticas, canciones románticas y videojuegos donde un fontanero rompe ladrillos con la cabeza para salvar a una princesa, cae rendido a sus pies.
3. Besos, estrellas titilantes y todo eso.
4. Chica descubre que chico es un idiota, revelación que desemboca en una ruptura, aparentemente definitiva, aunque sabes que no puede serlo porque vas por la mitad de la historia.
5. Chico se hunde en la melancolía al descubrir que no puede vivir sin chica, lo que, tras una temporal y por momentos jocosa zozobra, le lleva a luchar por recuperar su amor.
6. Chica perdona a chico porque, aunque él es un completo idiota, se supone que hay cosas peores que la idiotez. Improbable torsión cervical, *crescendo* de violines y fundido a negro.

Compara ese esquema con cualquier historia romántica que hayas visto o leído.

Ahora compáralo con tu vida.

El amor romántico, en definitiva, no deja de ser una forma de evasión. Un entretenimiento, como los concursos de la tele o los sudokus, solo que mucho más sofisticado y, por eso mismo, también más entretenido. Matamos el tiempo enamorándonos y rompiendo, sumiéndonos en la tristeza y recuperando la esperanza únicamente para abstraernos de la enorme cantidad de problemas reales que nos esperan ahí fuera. Nos

amamos para no enfrentarnos a lo absolutamente incomprensible que resulta lo demás.

Beethoven, por cierto, acabó muriendo en la miseria.
Y solo.